

MANUAL DEL ANIMADOR

PRESENTACIÓN

En nuestra comunidad salesiana, María es Madre, Modelo y Guía, esta certeza forma parte de la herencia espiritual que hemos recibido de nuestros fundadores, quienes quisieron confiarnos un profundo cariño y amor hacia María, reconociéndola como presencia maternal que acompaña nuestra misión educativa y evangelizadora.

Ser un Instituto **"todo de María"** no significa solamente honrarla, sino aprender de Ella a vivir nuestra relación con Dios y a seguir a Jesús. María nos enseña a escuchar la Palabra, a confiar, a responder con generosidad, a permanecer junto a quienes sufren y a guardar en el corazón las maravillas que Dios realiza. Por ello, sentimos la necesidad de favorecer en nuestros niños espacios de encuentro con Dios, de oración y de conocimiento del Santo Rosario, ayudándolos a descubrirlo no como una repetición de palabras, sino como una manera sencilla de contemplar junto a María los misterios de la vida de Jesús.

Queremos que nuestros pequeños aprendan que su oración tiene un lugar en las necesidades de la Iglesia y del mundo. Que puedan descubrir que, aun siendo pequeños, pueden orar por los demás y ofrecer su oración por grandes intenciones: por las necesidades del mundo, por las intenciones del Papa, por la paz, por la unidad de las familias y por la vida de los niños aún no nacidos. De esta manera, el Rosario se convierte para ellos en una escuela de fe, de solidaridad y de amor. Al tomar cada cuenta entre sus manos, podrán recordar que no están solos y que pueden poner ante Dios la vida de muchas personas.

La verdadera devoción mariana no consiste solamente en conocer advocaciones, imágenes o prácticas piadosas. La Iglesia enseña que la auténtica devoción a María nace de la fe, conduce a un amor filial hacia ella y mueve a la imitación de sus virtudes. Todo culto mariano tiene como finalidad que Cristo sea mejor conocido, amado y seguido. Asimismo, debe distinguirse entre adoración, que corresponde únicamente a Dios, y la veneración especial que la Iglesia tributa a María por su singular participación en el misterio de Cristo.

Que este camino de formación mariana nos ayude a conservar y transmitir la herencia recibida de nuestros fundadores: un amor sencillo, confiado y profundo a María, que nos lleve siempre a Jesús y nos impulse a orar por la Iglesia, por el mundo y por cada persona que necesita de nuestra oración. María Auxiliadora, Madre, Modelo y Guía, nos acompañe en esta misión y haga de cada uno de nuestros niños pequeños discípulos que saben orar, confiar y amar.

IDENTIDAD

1. ¿Qué es Armada Blanca?

Armada Blanca es una asociación eclesial cuyo objetivo es el cuidado espiritual de los niños mediante su consagración a Dios Padre por medio de María, la formación de ***Nidos de Oración*** y el acompañamiento en su crecimiento espiritual, junto con sus familias. Su misión también comprende la evangelización, la defensa de la vida, la atención a los niños en situación de abandono, la ayuda a quienes sufren y diversas iniciativas apostólicas.

2. ¿Por qué se llama Armada Blanca?

El nombre tiene un significado espiritual:

- Armada: representa a los niños que, guiados por María, se unen en la oración para luchar contra el mal y construir un mundo de paz y amor. El Rosario es su principal arma espiritual.

- Blanca: representa la inocencia de los niños y su disposición para vivir cerca de Dios. Esta identidad se inspira en la historia bíblica de David y Goliat (1 Sam 17, 45-49), los niños están llamados a ser pequeños instrumentos de su amor mediante la oración, la fe y la entrega generosa.

La espiritualidad de Armada Blanca se fundamenta en el amor a Dios Padre, la devoción a María, la Eucaristía y el rezo del Santo Rosario. Se inspira especialmente en el mensaje de las apariciones de la Virgen de Fátima, en 1917, y en el testimonio de los tres pastorcitos: Lucía, Francisco y Jacinta donde la Virgen los invitó a ofrecerse a Dios, orar por la paz del mundo y pedir por la conversión de las personas.

3. ¿Quiénes pueden pertenecer?

Pueden pertenecer los niños y quienes estén dispuestos a vivir con un corazón sencillo, confiado y abierto a Dios, siguiendo la invitación de Jesús: «Si no cambian y no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3). La pertenencia implica ofrecer la vida cotidiana a Dios, rezar diariamente y procurar que las propias acciones contribuyan al triunfo del amor y a la paz en el mundo.

4. ¿Qué significa la consagración?

La consagración es el acto de entregarse libremente a Dios, poniendo la propia vida bajo su voluntad y siguiendo el ejemplo de María, quien respondió con generosidad a su llamada. Se fundamenta en el mandamiento del amor (Mt 22, 37-40) y en la invitación de san Pablo a ofrecer la vida a Dios (Rom 12, 1). Debe ser libre, consciente y acompañada de una adecuada preparación espiritual.

Para Armada Blanca, la consagración de los niños por medio de María busca ayudarlos a vivir una relación más profunda con Dios, entrega se expresa especialmente mediante tres compromisos:

- Ofrecerse a Dios, procurando vivir según su voluntad.
- Rezar diariamente el Rosario, por la paz, las familias y las necesidades del mundo.
- Practicar pequeños sacrificios voluntarios, entendidos como renuncias sencillas y acciones generosas ofrecidas por amor, sin poner en riesgo la salud ni el bienestar de los niños.

ORGANIZACIÓN DEL ENCUENTRO

Los encuentros deben desarrollarse en un ambiente agradable, ordenado y propicio para la oración. Se recomienda reunir a los niños en un espacio amplio, como una capilla, salón o gimnasio, y, cuando sea conveniente, formar grupos por edades.

Cada encuentro tiene una duración máxima aproximada de una hora e incluye:
- Explicación de la consagración: presentar su significado de forma sencilla, clara y breve.

- Enseñanza del Rosario: explicar cómo se reza y rezar con los niños el primer misterio.

- Invitación a un compromiso personal: proponer una pequeña renuncia voluntaria o acción de generosidad.

- Oración y expresión de amor a María: concluir con una bendición, un canto o un gesto de cariño hacia la Virgen.

Es importante cuidar la participación de todos, favorecer la atención de los más pequeños y adaptar el lenguaje y la duración de las explicaciones a las edades de los participantes.

EL ANIMADOR

Quienes colaboran en Armada Blanca tienen la responsabilidad de preparar su corazón para acompañar a los niños en su camino de fe. No se trata de ser protagonistas, sino de actuar con humildad, alegría y disponibilidad, como instrumentos al servicio de Dios.

Es necesaria una vida espiritual fundamentada en:
- El ofrecimiento personal a Dios.

- La participación frecuente en los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía.

- La oración diaria y el rezo del Rosario.

- La adoración eucarística.

- La lectura y meditación de la Sagrada Escritura y de la vida de los santos.

- La oración por los niños antes, durante y después de los encuentros.

El testimonio de quienes acompañan es esencial para transmitir con autenticidad el amor a Dios y a María.

El presente material pretende facilitarte la preparación previa a los encuentros con los niños, permitirá que te adentres un poco en el conocimiento de la devoción mariana y que puedas propagar el amor a María, imitar sus virtudes y confiarnos como hijos.

I. CONOCEMOS EL ROSARIO

1. María nos enseña a rezar

María es presentada en el Evangelio como mujer de escucha, fe, contemplación y oración. Su vida constituye una auténtica peregrinación de fe. Ante la Anunciación escucha la Palabra de Dios y responde con el consentimiento de la fe:
Lc 1,26-38: Anunciación del Señor.

Especialmente significativo es Lc 1,38:
«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».
María conserva y medita los acontecimientos en su corazón:
Lc 2,19: «María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón».

También aparece en oración junto con los Apóstoles: Hch 1,14: «Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús».

María es modelo de la Iglesia orante porque recibe la Palabra, la acoge con fe y permite que dé fruto en su vida. San Juan Pablo II presenta a María como la primera creyente y como aquella que realiza una verdadera peregrinación de la fe.
Enseñar a rezar con María no significa simplemente enseñar fórmulas de oración, sino introducir en las actitudes marianas de escucha, silencio, contemplación, confianza, disponibilidad e intercesión.

2. Los misterios gozosos: ¡Jesús viene!

Los misterios gozosos contemplan cinco acontecimientos de la infancia de Jesús:

- La Anunciación, Lc 1,26-38.
- La Visitación, Lc 1,39-56.
- El Nacimiento de Jesús, Lc 2,1-20.
- La Presentación de Jesús en el templo, Lc 2,22-40.
- Jesús perdido y hallado en el templo, Lc 2,41-52.

Estos misterios permiten contemplar la cooperación de María en el misterio de la Encarnación. María recibe al Verbo por la fe y por obra del Espíritu Santo; se convierte en Madre de Cristo y participa activamente, desde su obediencia, en el designio salvador de Dios. Lumen gentium presenta esta unión de María con su Hijo desde la concepción virginal hasta los acontecimientos de su infancia. Se debe evitar presentar estos misterios únicamente como acontecimientos familiares o infantiles. Su centro es el misterio de Cristo que entra en nuestra historia para nuestra salvación.

Rosarium Virginis Mariae explica que meditar los misterios gozosos significa entrar en los motivos profundos de la alegría cristiana y contemplar el misterio de la Encarnación.

Los misterios gozosos nos hablan de la alegría de la venida de Jesús. Dios había prometido enviar un Salvador y, en María, esa promesa comienza a hacerse realidad.

El gozo de estos misterios no significa que todo sea fácil o que no existan dificultades. Es una alegría más profunda: la alegría de saber que Dios cumple sus promesas y que quiere estar cerca de nosotros.

María recibió el anuncio del ángel y aceptó colaborar con Dios. Su «sí» permitió que el Hijo de Dios entrara en nuestra historia. Ella confió, aunque no conocía todo lo que sucedería. Los misterios gozosos nos enseñan que la alegría cristiana nace de saber que Dios viene a nuestro encuentro, nos ama y cuenta con nosotros.
María nos enseña: a confiar en Dios, acoger a Jesús y responder con generosidad.

También nosotros podemos preguntarnos:
¿Cómo puedo decirle "sí" a Dios?
¿En qué momentos puedo colaborar con Él?
¿Qué cosas me ayudan a descubrir que Jesús está cerca?

3. Los misterios luminosos: ¡Jesús es nuestra luz!
Los misterios luminosos fueron propuestos por san Juan Pablo II en la Carta apostólica Rosarium Virginis Mariae de 2002.

El Bautismo de Jesús en el Jordán.
Las bodas de Caná.
El anuncio del Reino de Dios y la invitación a la conversión.
La Transfiguración.
La institución de la Eucaristía.

Sus fundamentos bíblicos son: Mt 3,13-17; Jn 2,1-12; Mc 1,14-15; Lc 9,28-36; Mt 26,26-29; Lc 22,14-20.

San Juan Pablo II explica que todo el misterio de Cristo es luz, pero que esta dimensión se manifiesta particularmente durante su vida pública. En Caná, María aparece como intercesora y como aquella que orienta hacia Cristo: Jn 2,5: «Hagan lo que él les diga». La presencia de María en los demás misterios luminosos puede ser más discreta; no se debe forzar una presencia que los Evangelios no señalan. Su papel maternal en Caná adquiere, sin embargo, un valor paradigmático para comprender su función de conducir a los discípulos hacia Jesús.

Los misterios luminosos nos muestran a Jesús durante su vida pública. Él sale al encuentro de las personas, anuncia el Reino de Dios, sana, enseña, perdona y nos muestra cómo vivir. Jesús es luz porque nos ayuda a descubrir el camino que debemos seguir. Él nos comunica su amor y nos enseña lo que necesitamos para caminar como discípulos.

Cuando escuchamos sus palabras y observamos sus acciones, descubrimos cómo podemos vivir nosotros: amar, servir, perdonar, ayudar, compartir y confiar en Dios.
Jesús no solamente nos dice qué hacer; Él mismo nos muestra con su vida cómo hacerlo.
María nos acompaña también aquí. Ella nos invita, como en Caná, a escuchar a Jesús y poner en práctica su palabra: María nos enseña: a escuchar a Jesús, confiar en Él y dejar que su luz ilumine nuestras decisiones.

Por eso podemos preguntarnos:
¿Qué me está enseñando Jesús?
¿Qué puedo aprender de su manera de amar?
¿Cómo puedo ser luz para alguien que lo necesita?

4. Los misterios dolorosos: María acompaña a Jesús
Los misterios dolorosos son:

- La oración de Jesús en Getsemaní, Mt 26,36-46
- La flagelación, Mt 27,26-31.
- La coronación de espinas, Mt 27,27-31.
- Jesús con la cruz a cuestas, Lc 23,26-32.
- La crucifixión y muerte, Jn 19,16-30, Jn 19,25-27

El Vaticano II presenta a María unida a su Hijo en la obra de la salvación y destaca especialmente su presencia al pie de la cruz. Ella permanece fiel en la peregrinación de la fe hasta el momento culminante de la entrega de Cristo. Debe evitarse una interpretación que coloque a María como una segunda redentora. Cristo es el único Redentor y Mediador. La cooperación de María es subordinada y participa de la única obra salvadora de Cristo.

Los misterios dolorosos nos acercan a los momentos de sufrimiento de Jesús. Contemplamos su entrega, su pasión y su muerte en la cruz.
Al rezarlos, no buscamos quedarnos solamente con la tristeza. Queremos acercarnos al corazón de Jesús, comprender cuánto nos ama y descubrir que Él conoce también el dolor humano.

En nuestra vida hay momentos en los que algo nos duele, nos lastima, nos preocupa o nos hace sentir tristes. También encontramos personas que sufren y que necesitan que alguien esté cerca. Jesús nos enseña que el amor verdadero sabe acompañar, permanecer y entregarse por los demás.

María nos enseña que, aun en los momentos difíciles, podemos permanecer junto a Jesús y acompañar a quienes sufren. María nos enseña: a permanecer, acompañar, tener compasión y confiar en Dios aun en medio del dolor. María estuvo cerca de Jesús también en el momento de la cruz. Ella no huyó del sufrimiento de su Hijo. Permaneció junto a Él.

Por eso, cuando rezamos los misterios dolorosos, podemos pensar:
¿Quién necesita hoy que esté a su lado?
¿Sé acompañar a alguien que está triste?
¿Qué puedo hacer cuando algo me duele?
¿Puedo ofrecerle a Jesús aquello que me preocupa o me hace sufrir?

5. Los misterios gloriosos: ¡Jesús vive!
Los misterios gloriosos son:

- La Resurrección.
- La Ascensión.
- La venida del Espíritu Santo.
- La Asunción de María.
- La Coronación de María como Reina del cielo y de la tierra.

Resurrección: Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-12; Jn 20,1-18.
Ascensión: Hch 1,6-11.
Pentecostés: Hch 2,1-13; cf. Hch 1,14.
Asunción: no existe un relato bíblico explícito de la Asunción; se fundamenta en la Tradición y en la doctrina de la Iglesia. Realeza de María: se comprende desde su unión con Cristo Rey y desde la Tradición de la Iglesia.

El centro de los misterios gloriosos es la Resurrección de Cristo, fundamento de la fe cristiana. En María, la gloria es contemplada como participación singular en la victoria de su Hijo. La Asunción y la realeza de María deben interpretarse siempre desde Cristo y desde la esperanza escatológica de la Iglesia.

Los misterios gloriosos nos anuncian la gran alegría de nuestra fe: Jesús murió, pero resucitó. ¡Jesús vive! La Resurrección cambia nuestra manera de mirar la vida. Nos recuerda que el dolor, las dificultades y los momentos complicados no tienen la última palabra.

Podemos experimentar días en los que sentimos que estamos cansados, desanimados o que nos faltan fuerzas. Pero Jesús resucitado nos recuerda que siempre podemos volver a levantarnos, comenzar de nuevo y seguir caminando.
Podríamos decir que Jesús nos “carga la pila”: nos da fuerza, esperanza y alegría para continuar.

Pero esa fuerza no es solamente para nosotros. Cuando descubrimos que Jesús vive, también sentimos el deseo de anunciarlo a los demás, compartir nuestra alegría y ayudar a otros a descubrir que nunca están solos.
María nos acompaña también en este camino. Ella esperó, creyó y permaneció junto a la primera comunidad de discípulos. Su vida nos recuerda que quien confía en Dios puede caminar con esperanza.

María nos enseña: a esperar, confiar, levantarnos, vivir con esperanza y anunciar con alegría que Jesús vive.

Por eso podemos preguntarnos:
¿Qué me ayuda a seguir adelante cuando estoy desanimado?
¿Dónde descubro que Jesús está vivo?
¿Cómo puedo llevar esperanza y alegría a los demás?

II. CONOCEMOS A MARÍA

6. María de Nazaret, Madre de Jesús

María pertenece históricamente al pueblo de Israel y aparece en el Nuevo Testamento como mujer de Nazaret, prometida a José.

Los Evangelios de Mateo y Lucas presentan su maternidad en relación directa con la Encarnación: Mt 1,18-25; Lc 1,26-38.

El Catecismo enseña que María es verdaderamente Madre de Jesús porque concibió y dio a luz al Hijo eterno del Padre hecho hombre. La maternidad de María no puede separarse de la identidad de Jesús: ella es Madre de una Persona que es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre.

Lumen gentium afirma que María es verdadera Madre de Dios y del Redentor.
Referencias mariológicas
Lc 1,26-38; Mt 1,18-25; Lumen gentium, 52-54.
Catecismo de la Iglesia Católica, 484-495.

7. María, obediente a Dios

La obediencia de María es una obediencia de la fe. En la Anunciación, María no actúa mecánicamente; escucha, pregunta, recibe la explicación del ángel y finalmente da libremente su consentimiento.
Lc 1,38: «Hágase en mí según tu palabra».

El Catecismo relaciona expresamente el consentimiento de María con la obediencia de la fe y presenta su respuesta como participación libre en el designio de salvación.
San Ireneo, recogido por Lumen gentium, desarrolla la comparación entre Eva y María: la desobediencia de Eva es contrastada con la obediencia creyente de María.

Referencias: Lc 1,26-38; Rom 1,5; Lumen gentium, 56; Catecismo, 494 y 511.

8. María visita a Isabel: Nuestra Señora de la Visitación

El relato de la Visitación se encuentra en Lc 1,39-56.

Después de la Anunciación, María se pone en camino para encontrarse con Isabel. Este movimiento expresa una característica fundamental de la espiritualidad mariana: la experiencia de Dios se transforma en servicio.
Isabel proclama: Lc 1,45: «Bienaventurada la que ha creído».

María responde con el Magníficat (Lc 1,46-55), oración de alabanza en la que reconoce la grandeza de Dios y su acción salvadora.

Mariológicamente, la Visitación manifiesta a María como:
mujer de fe; portadora de Cristo; servidora; mujer de alegría; mujer de alabanza.
Lumen gentium utiliza este episodio para mostrar la unión de María con la obra salvadora de su Hijo.

9. María, Madre de Dios
La maternidad divina constituye el fundamento de toda la comprensión mariológica.
El título Theotokos —Madre de Dios— fue defendido y proclamado solemnemente en el Concilio de Éfeso en el año 431.

No significa que María sea origen de la divinidad ni que sea anterior a Dios. Significa que el Hijo que María concibió y dio a luz es verdaderamente el Hijo eterno de Dios hecho hombre. El Catecismo lo expresa con claridad: María es Madre de Dios porque es madre del Hijo eterno del Padre, que se hizo hombre.

Fundamento bíblico: Lc 1,43: Isabel llama a María «la madre de mi Señor».
Jn 1,14: «El Verbo se hizo carne».
Referencias: Lc 1,35.43; Jn 1,14; Gal 4,4; Lumen gentium, 53; Catecismo, 495 y 509.

10. María, Madre siempre Virgen
La Iglesia confiesa la virginidad perpetua de María.
La concepción virginal de Jesús aparece explícitamente en:
Mt 1,18-25; Lc 1,26-38.

La Iglesia ha profundizado esta fe hasta confesar a María como siempre Virgen: antes, durante y después del nacimiento de Cristo.
El Catecismo presenta esta enseñanza en los números 496-507 y explica que la virginidad de María está íntimamente vinculada con el misterio de la Encarnación. La virginidad de María no debe reducirse a una cuestión meramente biológica, se expresa también su consagración total a Dios y su pertenencia singular al misterio de Cristo.

Referencias: Mt 1,18-25; Lc 1,26-38; Lumen gentium, 52 y 57; Catecismo, 496-507.

III. ADVOCACIONES Y MANIFESTACIONES MARIANAS

Las apariciones marianas y las devociones vinculadas con determinadas advocaciones pertenecen al ámbito de la piedad popular y, cuando se trata de apariciones, de las revelaciones privadas.

La Revelación pública culminó en Jesucristo. Ninguna aparición posterior puede añadir o corregir el Evangelio. El Catecismo enseña que las revelaciones privadas reconocidas por la Iglesia pueden ayudar a vivir más plenamente la fe en una determinada época, pero no pertenecen al depósito de la fe.

Por ello, el catequista debe distinguir cuidadosamente entre:

- Dogma mariano → enseñanza vinculante de la fe.
- Advocación → manera particular de venerar a la misma Virgen María.
- Aparición → acontecimiento sometido al discernimiento de la Iglesia.

11. Nuestra Señora de Guadalupe — 1531

La tradición guadalupana está vinculada al acontecimiento del Tepeyac y a san Juan Diego en diciembre de 1531.
La Basílica de Guadalupe presenta el acontecimiento como profundamente relacionado con la evangelización y con el anuncio de Jesucristo a los pueblos de América.

La Santa Sede ha presentado a Guadalupe como una figura especialmente vinculada con la evangelización de América. En 2023, el papa Francisco destacó a Juan Diego como modelo de evangelización y señaló que María anuncia a Jesús mediante un proceso de inculturación, acercándose a un pueblo concreto y manifestando la cercanía maternal de Dios.

Guadalupe puede contemplarse desde la maternidad espiritual; la inculturación del Evangelio; la evangelización; la cercanía de María con los pueblos; la dignidad de los pequeños y humildes.

Fuentes: Lc 1,46-55, Jn 2,1-12, Lumen gentium, 55-62.
Audiencia del papa Francisco sobre san Juan Diego y Guadalupe, 23 de agosto de 2023.
Fuentes históricas y relato guadalupano conservados por la Basílica de Santa María de Guadalupe.

12. Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa — 1830

La advocación de la Medalla Milagrosa está vinculada a las experiencias de santa Catalina Labouré en París en 1830.
La Iglesia ha acogido y difundido esta devoción, pero debe evitarse presentar la medalla como amuleto o instrumento mágico.

El Directorio sobre la piedad popular y la liturgia explica que las medallas marianas son signos de fe, veneración y confianza en la protección maternal de María, y señala expresamente el origen de la Medalla Milagrosa en las apariciones de 1830.

Juan Pablo II, durante su visita a la Capilla de la Medalla Milagrosa, relacionó la invocación de la medalla con María Inmaculada y con la maternidad divina.

Referencias: Lc 1,28, Lc 1,43, Jn 19,25-27.
Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, 206.
Plegaria de Juan Pablo II en la Capilla de la Medalla Milagrosa, 1980.

13. Nuestra Señora de La Salette — 1846
La aparición de La Salette está vinculada a los niños Maximino Giraud y Melania Calvat, en Francia, en 1846. El núcleo pastoral asociado a La Salette es la llamada a la conversión, la oración y el retorno a Dios.

El catequista debe tener especial cuidado de no presentar el mensaje desde el miedo o desde una imagen de Dios basada únicamente en el castigo. Toda auténtica llamada mariana a la conversión debe ser interpretada desde el Evangelio y desde la misericordia de Dios.

Juan Pablo II recuerda La Salette entre las experiencias marianas en las que María se dirige especialmente a los pequeños.
Debe aplicarse el principio del Catecismo sobre las revelaciones privadas: su valor depende de su orientación hacia Cristo y no constituyen una nueva revelación pública.

Referencias: Mc 1,15: llamada de Jesús a la conversión; Lc 15,11-32; Catecismo, 67.
Carta de Juan Pablo II a los niños, 1994.

14. María Inmaculada — 1854
Es necesario hacer aquí una precisión fundamental: 1854 no corresponde a una aparición mariana.
El 8 de diciembre de 1854, el papa Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción mediante la Constitución apostólica Ineffabilis Deus.

La Iglesia enseña que María fue preservada, desde el primer instante de su concepción, de toda mancha del pecado original, por una gracia singular de Dios y en atención a los méritos de Jesucristo.
Por tanto, la Inmaculada Concepción no significa simplemente que María fue concebida virginalmente. Se refiere a la concepción de María en el seno de su madre y a su preservación del pecado original.

El Catecismo explica que María fue redimida de manera eminente por Cristo y que toda la gracia de su santidad procede de Él.

Fundamentos bíblicos: Lc 1,28: «llena de gracia», Gn 3,15, leído a la luz de la tradición cristiana, Ef 1,3-4, en relación tipológica con la elección y santidad de María.

Documentos: Pío IX, Ineffabilis Deus, 1854, Lumen gentium, 53 y 56, Catecismo, 490-493.

15. Nuestra Señora de Lourdes — 1858
En Lourdes, Francia, María se manifestó a santa Bernardita Soubirous en 1858.

La aparición fue reconocida oficialmente por el obispo de Tarbes, Mons. Laurence, el 18 de enero de 1862, después del proceso de discernimiento correspondiente.
Uno de los elementos centrales del acontecimiento es que María se identificó como:
«Yo soy la Inmaculada Concepción».
Esta expresión tiene una importancia mariológica particular porque conecta el acontecimiento de Lourdes con el dogma definido por Pío IX en 1854.
El mensaje de Lourdes está asociado especialmente con:
oración; conversión; penitencia; esperanza; atención a los enfermos.

Benedicto XVI presentó Lourdes como una escuela de fe, esperanza y caridad, centrada en Cristo y en el misterio de la cruz.
Referencias: Lc 1,28, Lc 1,46-49, Mc 1,15, Ineffabilis Deus, 1854, Reconocimiento episcopal de Lourdes, 1862.

16. María Auxiliadora — 1868
La advocación Auxilium Christianorum — Auxilio de los Cristianos es anterior a Don Bosco y aparece en las Letanías Lauretanas. Sin embargo, san Juan Bosco fue uno de los grandes propagadores de esta devoción en la Iglesia.

La Basílica de María Auxiliadora de Turín, estrechamente vinculada a Don Bosco, fue consagrada en 1868. Juan Pablo II señaló que Don Bosco veneró, amó e imitó profundamente a María bajo el título de Auxilio de los Cristianos y vio en ella una ayuda fundamental para su obra educativa y evangelizadora entre los jóvenes.

Desde la mariología, el título Auxiliadora se comprende a partir de la maternidad espiritual y de la intercesión de María. Lumen gentium 62 señala que María es invocada como Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora, pero aclara que su mediación es siempre subordinada a la única mediación de Cristo.

Referencias: Jn 2,1-12, Hch 1,14, Lumen gentium, 60-62.
Juan Pablo II, Ángelus en María Auxiliadora, 31 de enero de 1988.
Tradición salesiana vinculada a Don Bosco y al santuario de Turín.

17. Nuestra Señora de Fátima — 1917
En 1917, en Fátima, Portugal, María se manifestó a los tres pastorcitos:
Lucía dos Santos; Francisco Marto; Jacinta Marto.
El obispo de Leiria declaró en 1930 que las visiones de los niños eran “dignas de crédito” y permitió oficialmente el culto a Nuestra Señora de Fátima.

El mensaje de Fátima está especialmente relacionado con: oración; conversión; penitencia; reparación; Rosario; paz.

La Santa Sede ha explicado teológicamente el lugar de Fátima como revelación privada, no como una nueva revelación pública. Su criterio de autenticidad es su orientación a Cristo y al Evangelio.
Francisco, Jacinta y Lucía constituyen además un testimonio importante de cómo los niños pueden responder con fe a una llamada de oración y conversión.

Referencias: Lc 18,16, Mc 1,15, Hch 1,14, Mensaje de Fátima, Congregación para la Doctrina de la Fe, 2000.

18. María Asunta al cielo — 1950
La Asunción es un dogma mariano, no una aparición.
El 1 de noviembre de 1950, Pío XII proclamó solemnemente en la Constitución apostólica Munificentissimus Deus que:

la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrena, fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celestial.
La Sagrada Escritura no contiene un relato explícito de la Asunción. Su fundamento se encuentra en la Tradición apostólica, en la comprensión de la singular unión de María con Cristo y en el desarrollo doctrinal de la Iglesia.

La Asunción manifiesta la participación singular de María en la Pascua de Cristo y constituye un signo de esperanza escatológica para la Iglesia.
Lumen gentium presenta a María glorificada como imagen y principio de la Iglesia que llegará a su plenitud futura.

Referencias: 1 Co 15,20-23.
Ap 12,1, en interpretación tipológica tradicional.
Lumen gentium, 68.
Munificentissimus Deus, 1950.

19. María, Reina del cielo y de la tierra — 1954
En 1954, Pío XII instituyó la fiesta litúrgica de Santa María Reina mediante la encíclica Ad Caeli Reginam.

La realeza de María no debe entenderse según categorías políticas o de dominio. Su realeza está fundamentada en: su maternidad divina; su unión singular con Cristo Rey; su participación en el misterio de la salvación; su glorificación junto a Cristo.
Pío XII recuerda que la tradición cristiana ha reconocido desde antiguo a María como Reina y que este título está vinculado a su maternidad respecto del Rey divino.
Referencias: Lc 1,32-33, Lc 1,46-49, Ap 12,1, Ad Caeli Reginam, Pío XII, 1954.

20. María, Madre de la Iglesia — 1964
El título Madre de la Iglesia fue proclamado solemnemente por san Pablo VI el 21 de noviembre de 1964, al finalizar la tercera sesión del Concilio Vaticano II.
Sin embargo, su fundamento no comienza en 1964. Se encuentra en la relación entre María, Cristo y la Iglesia.

Si María es Madre de Cristo, y Cristo es Cabeza de la Iglesia, María posee una relación maternal particular con los miembros del Cuerpo de Cristo.
El Vaticano II presenta a María como: Madre de Dios; Madre de los hombres; modelo de fe y caridad; Madre en el orden de la gracia.

Además, su maternidad espiritual se prolonga después de su Asunción mediante su intercesión maternal.
Fundamentos bíblicos: Jn 19,25-27; Hch 1,14; Gal 4,4-5; Ap 12,17.
Lumen gentium, capítulo VIII, especialmente 52-69.

21. Mi familia, una pequeña Iglesia que reza con María
La familia cristiana puede ser comprendida como Iglesia doméstica: espacio donde la fe se recibe, se celebra, se transmite y se vive.
María ocupa un lugar importante en la espiritualidad familiar porque ella misma aparece en el Evangelio dentro de una familia y como mujer que escucha, medita, acompaña, sirve y ora.
La oración familiar con María debe conducir siempre a Cristo. El Rosario constituye una forma privilegiada de oración familiar porque permite contemplar los misterios de la vida de Jesús en compañía de su Madre.

Pablo VI explica que el Rosario es una oración profundamente cristológica: su estructura lleva a contemplar los misterios de Cristo con María.
Juan Pablo II sintetiza esta dinámica afirmando que rezar el Rosario es contemplar el rostro de Cristo con María.

Referencias bíblicas:
Hch 1,14: María reunida en oración con la comunidad.
Lc 2,19: María conserva y medita.
Jn 2,1-12: María conduce hacia Jesús.
Jn 19,25-27: maternidad espiritual.

Documentos
Lumen gentium, 52-69.
Marialis cultus, 46-49.
Rosarium Virginis Mariae, 3 y 14-38.